

EL INCOMODO HUESPED DEL NIHILISMO ACTUAL

De pronto, en el gran banquete consumista, en esta oferente y opulenta sociedad, ha aparecido un nuevo invitado, desastrosamente vestido, justiciero y exigente, un «incómodo huésped» que está dispuesto a tirar por tierra las excelencias de la bacanal. Se trata del nihilismo, ese concepto que se ha venido arrastrando a lo largo de toda la historia de Occidente y que tuvo en el siglo pasado y comienzos del actual una difusión ensombrecida por la sangre, agrietada por la crítica y la reivindicación, enarbolada por las banderas de la justicia, transida de ideales unas veces y voceando otras en el lenguaje telúrico de la tierra. Hoy se está desparramando por nuevas vertientes, orientándose por cauces inéditos, si bien no ha perdido su radical condición de intentar construir un mundo nuevo desde las cenizas del orden establecido.

El término no tiene una significación precisa y científica en el ámbito del pensamiento. Alude a un campo óptico ampliamente diversificado. Su espectro se ha fijado, sobre todo, en las ciencias sociales, en la psicología y en la filosofía de la cultura. Han sido los literatos y los pseudofilósofos quienes principalmente le han dado carta de naturaleza.

A estas alturas, sus raíces se han clavado con fuerza en la inquietud de buena parte de la juventud mundial; sobre todo, en la juventud de aquellos países que han alcanzado más altas cotas de crecimiento económico. El nihilismo de hoy es indudablemente un producto civilizado, una consecuencia bipolar: de una parte mantiene vivas sus viejas raíces filosóficas; de otra, ha recogido los desfases de nuestro tiempo, la crisis del mundo actual y ha renovado y actualizado la forma de actuación. Este huésped antipático y molesto, inflamado por la utopía, nos está descubriendo en sus manifestaciones ideales todo el campo de contradicciones en que ha caído un tipo de sociedad que ha hecho del gigantismo un fin; de la democracia, una panacea, y de la libertad, un anhelo encadenado. El nihilismo está delante de nosotros, avanzando contra viento y marea, como el viento y las mareas, en agitación permanente. Se ha enquistado en la sociedad y no hay forma de deshacerse de él ni de eliminar sus patológicas consecuencias. Pero como toda erupción enferma, al desencadenar las defensas del cuerpo social ha puesto la insultante

salud de éste en tela de juicio y lo está obligando a plantearse su desarrollo desde unas posturas más racionales y humanas. De aquí que la gran discusión mundial originada por el nihilismo esté sustentada y alimentada precisamente por la búsqueda de los caminos que puedan conducir a metas superadoras de sus exigencias. Al poner en cuestión los distintos órdenes de la convivencia individual y social, al indicar las falsas bases en que éstos se mueven y denunciar sus males de fondo nos está devolviendo una imagen de la realidad que quiere ajustarse a sí misma y que corría el peligro de desrealizarse para siempre. El nihilismo es un cáncer social que está poniendo en marcha los amortiguados mecanismos de defensa de la sociedad. En tanto en cuanto consiga superarlo habrá solventado importantes problemas de la hora presente. Si no es así, se seguirá extendiendo hasta poner serias barricadas a la convivencia. Y, superado o no, pasada esta hora, nuevos brotes de nihilismo volverán a enquistarse para dar nuevos sentidos a la vida, movilidad a la historia, alertas constantes al hombre y a su sociedad. Una auténtica dialéctica de fines y medios, de medios y fines, de injusticias y justicia; la radical contradicción de la naturaleza humana, expresada en el orden moral y de la cultura, que sirve para cerrar ciclos sintéticos de la humanidad y abrir al mismo tiempo los paisajes de nuevas dialécticas operantes. Sin posibilidad de renuncia y sin posibilidad de saldos clausurados para siempre. La historia es un cuerpo móvil por naturaleza, y arranca fuerzas desde lo más hondo de sus propias debilidades internas.

LA CURVA FINAL DEL CARTESIANISMO

Para seguir por otros caminos, estamos asistiendo en estos días a la curva final de un sistema de pensamiento, el cartesiano, que ha dado vida a los últimos siglos de nuestro tipo de cultura y que empieza a mostrar radicales insuficiencias para orientar los vertiginosos saltos de crecimiento dados por el mundo. Las síntesis racionalistas han quebrado para siempre. Es decir, ha quebrado para siempre el absoluto predominio de la razón. Queda detrás de una espectacular y fecunda sucesión de conquistas, de hallazgos, de cumbres iluminadas, de fracasos ejemplares y de aciertos categóricos. Hoy, el racionalismo se ha retirado del mando y ha dejado un trono vacante. Ha dejado vacante el trono que dicta el gobierno del pensamiento. Y numerosos regentes, condenados a la caducidad, están asumiendo las funciones del poder.

La inestabilidad, pues, es evidente y se nos muestra cada día no sólo como una especulación mental, sino en el ámbito mismo de las cosas concretas. Un pensamiento diversificado y ramificado, complejo y múltiple, está

siendo sometido a las intrigas palaciegas de todos los sistemas y pseudosistemas que tratan de controlar el timón y la sala de mandos en las nuevas singladuras mentales. Se trata de dar coherencia a una realidad estructurada sobre los plurisistemas surgidos tanto en el desmembramiento de la situación anterior como en los que han ido apareciendo a consecuencia de las nuevas técnicas y de las nuevas conquistas.

Esta situación, confusa en principio, toma cuerpo en los hombres que traen las ideas hasta la vida y tratan de encarnarlas en la realidad. Utilizan formas racionales de acción para ir depurando en la confusión del mundo aquellos elementos que puedan ser útiles a las finalidades propuestas. El nihilismo ha hecho acto de presencia y ejerce violentamente sus derechos. Y encuentra entre sus manos un elemento fundamentalmente explosivo que, a causa de los espejismos del poder, no había sido tenido en cuenta; contra la razón desbordada los instintos reivindicadores.

Los hechos eran fácilmente previsibles si no hubiera mediado la confianza ciega en las posibilidades de la razón para encauzar toda clase de problemas. La razón se desmorona y los instintos inician el asalto a la desgarnecida fortaleza. Hoy son éstos el arma predilecta utilizada por la subversión. El nihilismo se alza contra la cultura, contra toda clase de cultura. En nombre de la cultura se habían olvidado partes esenciales de la naturaleza humana y es la naturaleza, a caballo del nihilismo, la que exige cuentas a la cultura. El balance cartesiano arroja un saldo final que es una cuenta abierta en la que el hombre se instaura como principal acreedor. Y el nihilismo, con el poderoso resorte imantador de toda conciencia montada sobre la utopía, en una sociedad que ha superado muchos presupuestos utópicos y que vive en permanente estado de utopía, despliega una negación total de valores, una negación moral y cultural, económica y religiosa, política y social, que alcanza a todos y cada uno de los condicionamientos de la sociedad de nuestros días. Una vez más, el arma arrojada es la política, la subversión política, la contestación política, la destrucción política. Acción revolucionaria, grupos políticos, estudiantes contestatarios, jóvenes desarraigados, hombres a quienes se despierta ese conjunto de instintos que la sociedad del bienestar, las alucinantes conquistas técnicas y las grandes concentraciones urbanas habían condenado al silencio. Ahora sabemos que en esa condenación el silencio era aparente y no se había pronunciado la sentencia inapelable.

Hasta no hace mucho los movimientos revolucionarios tenían unas condicionantes socialmente reivindicadoras. Estaban dirigidos contra la clase opresora, contra el orden establecido en tanto mantenía situaciones de injusticia. En el fenómeno nihilista de nuestros días se aprecia inmediatamente una mayor complejidad. Lo mismo en sus manifestaciones superficiales que en las

zonas profundas. Soterradamente a éstas se encuentra la reivindicación por el desamparo del hombre en un mundo que le ha desbordado y olvidado, más proclive a levantar la titánica empresa del gigantismo económico que la humilde adecuación del desarrollo a las exigencias del hombre. Y al fallar el hombre, las peligrosas andanadas se dirigen abiertamente contra unos valores —fundamentalmente religiosos y económicos— que por una de esas extrañas paradojas que jalonan la evolución del hombre, se encuentran inéditos en buena parte de sus aplicaciones concretas. No es posible dudar, por ejemplo, de las virtualidades contenidas en una visión cristiana de la vida, pero es que al cristianismo, después de veinte siglos, se le sigue marginando en la sociedad y se le amputan sus más nobles encarnaciones de justicia, de revolución permanente y de amor.

NIHILISMO Y EXALTACIÓN VITAL

Todos los movimientos nihilistas que recorren la actual vertebración social adoptan formas diversas y distintas. Es un fenómeno tan viejo como el hombre, y nunca ha dejado de manifestarse en unos u otros modos. Hoy viene a ser una religión sin dios, o con varios dioses, una moral sin ética. A través del movimiento revolucionario quiere derribar el orden establecido; en la mayor parte de los casos, quiere instaurar una sociedad de radicales condicionamientos utópicos. Así ha sido siempre. La historia es una revolución continua. Camina a golpes y contragolpes. Y lo que en un momento puede nacer como forma nihilista, puede llegar también a institucionalizarse. El nihilismo de hoy tiene un claro frente moral que trata de suplantar la moral tradicional por otro tipo que juzga más adecuado. No siempre se consigue la suplantación. Se consigue en muy pocas ocasiones, pero lo que sí se produce en todo tiempo y lugar, a plazo más o menos largo, es una depuración en las condiciones de la antigua moral.

Las reacciones actuales no han surgido por generación espontánea. Se vienen arrastrando paralelamente al largo proceso de secularización operante en la cultura occidental. Se ha llegado a una posición límite en la que se intenta liquidar la cultura de base teológica mantenida en los últimos siglos, una cultura que fue desplazando paulatinamente a otras formas de vida que, según la tesis de la subversión, se ajustaban más perfectamente a los moldes exigidos por la naturaleza humana. El nihilismo de hoy tiene en su mismo centro un insaciable deseo de pureza por la pureza misma. Entiende que el humanismo occidental se ha traicionado a sí mismo y quiere eliminarlo para volver a fuentes de existencia anteriores a éste. De aquí que buena parte de

las legiones jóvenes que alimentan la subversión se sientan atraídas por las formas de vida y las filosofías orientales.

El nihilismo de nuestros días está utilizando subversivamente esa búsqueda de nuevos tipos de organización social, de nuevas formas para todas las expresiones del hombre que viene atormentando las preocupaciones de amplios sectores del pensamiento. El nihilismo sobrenada en estas nebulosas y busca la destrucción del bagaje mental que tenemos. Si consigue ésta no le importa fracasar en la instauración de un orden nuevo —en muchas ocasiones no lo busca— con tal de derrumbar el orden establecido. La crítica que utiliza es agria y patética; la acción, a fondo y sin contemplaciones.

Pero ante las distintas y numerosas situaciones de injusticia establecidas en bastantes países, sea cual sea su filiación política, el nihilismo tiene en sus manos bazas decisivas e interesantes. Coloca la defensa del hombre por encima de cualquier tipo de determinantes. Las ideas están al servicio del hombre. Es decir, no importan las ideas. Las ideas mismas deben ser destruidas si junto a su alto despliegue se aprecian situaciones concretas de injusticia. Lo que no da es el paso siguiente para poder solventar la cuestión, construir después de haber reducido a cenizas. Tampoco aclara su fundamental contradicción de que «la destrucción de la idea y de todo ideal» es en sí mismo una idea y un ideal.

Si Dios ha muerto sobre la tierra, todo está permitido. Desde esta postura, el nihilismo contemporáneo despliega una exaltación incontrolada de la vida. Hoy, la reivindicación tiene caracteres de reivindicación moral. No anda desprovisto de justificaciones teóricas cuando preconiza el rescate del hombre, la salvación de las prisiones alienantes que le acechan en una sociedad que, después de ofrecerlo todo, empieza a negar lo más importante. Un amplio sector nihilista, cargado a veces de religiosidad, es un vibrante grito de protesta contra los desfases de la estructura social, lo mismo contra los que se han montado sobre bases individualistas que sobre los de base socialista. En otros ámbitos, inflamados de materias explosivas, lo decisivo es la acción. La acción en sí misma es la única posibilidad justificativa que queda al hombre. Desde todo y contra todo. El hombre es una potencia en acción. Pero la acción sin finalidad se convierte en una subversión ciega. Estos sectores se asientan sobre la crisis del ideal cristiano y la rotura de las redes morales que circundan la existencia del hombre. No tienen, pues, razones de vida. Y exaltan la vida por la vida misma. Lo que se trata, sin ninguna clase de concesiones, es de derribar la concepción moral del mundo, conseguir el vacío a toda costa. Su principal argumentación radica en considerar que será sobre este vacío donde surgirá la nueva moral, una moral imprecisa que de todos modos estará mucho más ajustada a la naturaleza humana que la que hoy conducimos y nos conduce.

En la amplia gama de manifestaciones nihilistas no es difícil detectar la presencia de los instintos; unos instintos olvidados por la concepción racionalista del mundo, operantes, sin embargo, y que estaban esperando el momento de tomarse la revancha. La sociedad de hoy es fundamentalmente instintiva. Oscuramente instintiva. Se ha revelado de pronto una sustancial dimensión de lo humano que durante los últimos decenios sólo se había mostrado en confrontaciones bélicas y que ahora ha surgido desde las penumbras de la sociedad mundial como un animal que vivía aletargado. Ahora se ha hecho presente en las calles de las megalópolis, en la vida privada del hombre. Sólo ha precisado que se le aliente con unas voces y se le empuje desde la efervescente influencia de los medios de comunicación de masas. Que se hiciera evidente su necesidad. Todo menos el olvido. Porque no es posible olvidar sin peligro lo que constituye una dimensión sustantiva de la naturaleza. Los instintos hoy caminan a nuestro lado, son camaradas nuestros prestos para la acción. En multitud de expresiones se han convertido en un fenómeno social admitido. Peligrosa amistad, tan peligrosa como el olvido a que los tenía sometidos la sociedad anterior. El instinto tiene que ser liberado e instaurado con las debidas proporciones, desde una óptica integral del hombre.

La acción nihilista y su consiguiente expansión se encuentra abonada y potenciada por el desarraigo actual del hombre. El hombre en soledad, alienado, considerado como un elemento de la producción, inmerso entre millones de semejantes suyos, siente y sigue la llamada del nihilismo en cuanto se le presenta como una liberación de las múltiples cadenas que le oprimen y cuya presencia no termina de detectar. El hombre, hoy, aparentemente libre, se encuentra esclavizado en las bodegas mentales de unas galeras que son invisibles pero que oprimen con fuerza y consistencia crecientes. El nihilismo pone alerta sus deseos de libertad; es una llamada vibrante de la libertad. Y la sigue porque la necesita; en definitiva, no puede vivir sin ella. En una sociedad tan presionada y presionante como la actual, el nihilismo tiene, en principio, asegurada su expansión. Es difícil que pueda ser contenido por ningún frente de valores. Minoritaria o mayoritariamente sus brotes aparecerán con insistencia en las más imprevisibles partes del cuerpo social. Serán un martillazo a la excesiva y aparente buena salud, un interrogante, una llamada de atención que surge espontáneamente y, aunque condenable, no dejará de nivelar excesos y desequilibrios.

Al someter los tiempos presentes a una crítica profunda, el nihilismo se enfrenta abiertamente a sus propias condiciones de supervivencia y se centra en una autorreducción al futuro. Es el futuro lo que le importa. La destrucción de hoy se completará con la superación de un mañana incierto pero más arraigado y fecundo que la actualidad.

Estas coordenadas nos sitúan ante la sospecha de que bajo la quietud de esta hora se están desarrollando poderosas tormentas y fuertes vendavales. Muchos de ellos quizá no lleguen a emerger a la superficie, pero, en todo caso, llevan en sí mismo el aliento de la transformación.

Lo que empezamos a ver cada vez con mayor claridad es que nos encontramos en un tiempo traspasado por el nihilismo. Incluso en posturas que pretenden combatirlo se aprecia su influencia. Se trata de un nihilismo de otro tipo, de signo contrario al anterior, pero con parecidas consecuencias y perjuicios. El nihilismo es algo que se ha ido avecindando paulatinamente entre nosotros. Ya no nos extraña su presencia y actitud. Hasta en algunos casos se le ve con mirada de conmiseración. Quizá también porque nuestra gigantesca sociedad se encuentre estructuralmente tan insensibilizada que es capaz de digerir toda clase de alimentos, incluso los más pesados. A una mente tan utópica como la actual no le resulta extraño que todo, hasta lo más moderno y revolucionario, vaya quedando detrás. Y, sin embargo, no podemos dejar de fijarnos en los grandes peligros que acompañan a esta actitud. Resulta realmente pavoroso despreciar u olvidar las poderosas fuerzas y tensiones acumuladas en la actualidad político-social del presente y que pueden desatarse con el más mínimo motivo.

Si pensamos que el hombre es una existencia surgida de la nada caminante hacia la nada, tiene muy poca importancia lo que pueda ocurrirle. Sobre esta postura, una literatura de alta consistencia intelectual, aparecida durante los últimos decenios, ha calado ampliamente tanto en los movimientos subversivos como en la predisposición de cada hombre.

CONSUMO, CONSUMISMO Y EROTIZACIÓN

Se ha quebrado la normal evolución histórica, se ha dicho adiós a la historia y se ha despreciado el sentido integral del hombre en tanto que totalidad histórica. Con sus abiertas antenas, el nihilismo ha detectado los hechos y lanza diariamente sus premisas de subversión. ¿Qué ha pasado con la historia? ¿Dónde se encuentra la historia? La historia ha quedado arrinconada —no queremos pensar que para siempre—. El hombre —la conquista debe atribuirse al nihilismo— no considera las épocas anteriores. Sólo le importa el presente en cuanto de algún modo tiene que desembocar en un futuro más atrayente. Pero la historia está ahí; nosotros venimos de ella; el hombre es un animal fundamentalmente histórico. Sigue y seguirá siendo el mismo. Ha variado su caparazón exterior. Son las dos grandes y totales revoluciones acaecidas —la operada en el mundo de las ciencias tecnológicas y la no menos

radical arraigada en el campo del pensamiento especulativo— las que, por otra parte, han desencadenado la prescripción de los hechos. A estas alturas, el hombre y lo creado por el hombre han consumado su separación. El hombre es un objeto más entre la multitud de objetos que ha creado. No es difícil demostrar, por poner un ejemplo, que se ha convertido en una pieza más del volante de su automóvil. La técnica y el hombre van por caminos separados. Hasta no hace mucho, el hombre era un protagonista de su propia vida, un creador de sus propias obras. Hoy empezamos a verlo, sin ayuda de ninguna clase de metáforas, como un objeto más de la producción.

Los acontecimientos son contundentes y no precisan mayores explicaciones. La situación está a la vista de todos, y el nihilismo, consciente de su actitud, la ha convertido en uno de sus predilectos caballos de batalla. El despliegue de la violencia es una consecuencia inmediata. Los caracteres que delimitan la sociedad de multitudes —sociedad fundamentalmente violenta— la empujan, la mantienen, la están convirtiendo en una forma de saber que debajo de las masas amorfas late la inquietud, la presencia y las exigencias de los hombres de carne y hueso.

Pensemos por un momento en los hábitos mentales a que se ha acostumbrado a la sociedad de multitudes. Las multitudes no hablan, ni consideran, ni parecen necesitar ningún frente de valores. Su lenguaje estereotipado se ha montado sobre las nuevas palabras y los nuevos mitos. La producción, el consumo, la competencia. El triunfo, sobre todo. Para las multitudes lo que importa es la idea de triunfo. Como una derivación siempre están dispuestas a fabricar y ayudar a la creación de nuevos mitos, a encumbrar nombres que los representen. La actitud de defensa e insatisfacción es evidente. La multitud crea un mito, lo encarna, para poder sentir inconscientemente que no ha desaparecido por completo. El mito de la fuerza, el mito de la belleza, el mito de la libertad. Son valores que ha olvidado, de los que no puede prescindir porque responden a dimensiones esenciales de la persona que se resisten a ser sepultadas. Y la multitud se desplaza de unos a otros en una motorizada carrera de consumismo.

De hecho, estamos en presencia de una de las grandes características que definen el momento presente: la erotización del consumo. Para las multitudes, el consumo se ha convertido en una forma de placer. Si es tan poderosa como las aparecidas en otras épocas, tiene a su favor la acelerada carrera de estímulos que la impulsan continuamente. Nuestra sociedad está consiguiendo técnicas tan refinadas de penetración que ha sido capaz de convertir la actividad comercial en una sensación de placer y, a través del dinero, en un modo de dar seguridad a unas personalidades humanas tambaleantes y desnortadas. La posesión de un producto estaba provocada primero por el uso a que estaba

destinado. Después, se convirtió en una necesidad. Ahora, en un mandato que se nos hace y que no podemos resistir porque nuestra mente ha sido meticulosamente preparada para ello. Se nos ordena consumir y, mientras consumimos, se nos olvida la radical insuficiencia y el permanente desarraigo y soledad en que nos ha sumido un mundo que no se ha trazado metas y que no ha puesto limitaciones a su expansión. El consumismo se ha convertido en un placer para el hombre, pero las motivaciones que lo recorren internamente entran de lleno en el ámbito de los placeres prohibidos. Debieran entrar para que la personalidad humana se apuntalase desde una toma de conciencia real y fecunda de su propia situación y limitaciones.

El nihilismo de los últimos años ha levantado contra esto sus banderas de activas reivindicaciones. Los sectores extremistas consideran la destrucción como una necesidad. Se lucha al mismo tiempo por una vida más justa y humanizada. Se han ido cuarteando los valores, han terminado por carecer de viabilidad y es preciso destruirlos por inoperantes.

Los hechos son terminantes y no parece que admitan argumentaciones válidas en contra. De pronto, han aparecido ante nuestros ojos una serie de contradicciones en la aplicación práctica de los valores que la inquietud, lucidez y dinamismo de la vida han puesto al descubierto. La noción de justicia, por ejemplo, ha venido ocultando manifiestas situaciones de injusticia; la de dignidad, hechos indignos; la de arte, una ausencia que ha determinado la aparición de un antiarte. En todas partes, la contradicción de un noble mundo de ideales que se ha replegado sobre sí mismo cuando se le exigía la encarnación en la vida práctica.

En múltiples ocasiones la historia ha extraído de sí misma sus propios recursos para depurarse. Ahora estamos alcanzando el momento crítico de una de ellas. Y el nihilismo se aprovecha y la impulsa. Si la sociedad actual es capaz de digerir la ofensiva nihilista y depurarse habrá contestado fecundamente al reto que le surge desde sus propias entrañas. Si el nihilismo es capaz de superar su significado negativo habrá contribuido fecundamente a cumplir su destino histórico. No puede el nihilismo detenerse en la nada o en la destrucción para llegar cansadamente a la misma nada de partida. Un nihilismo de hoy tiene que contar previamente con un paso que sólo se ha dado en contadas ocasiones, la creación a partir de la nada. Algo parecido a lo que, desde parecidos puntos de vista, hicieron los primeros cristianos. Hoy, si en el campo del hombre hemos arribado, después de una larga travesía, a la nada, el mundo está virgen y hay que construirlo o reconstruirlo. En esto se afincan la idea antes apuntada, a saber, la superación del nihilismo.

LOS INCIERTOS CAMINOS DEL FUTURO

En una civilización de caracteres planetarios, para superar el nihilismo, es inevitable que no termine de dominarnos la revolución tecnológica. Quiero decir, que no termine de independizarse de nuestra voluntad y se sigan perdiendo esencias humanas que inevitablemente tendremos que ir recuperando después. He aquí por qué es necesario insistir continuamente en el conocimiento de la posición que ocupamos en el tiempo y en el espacio, en la situación que ocupamos en la historia, que son las únicas que pueden llevarnos a detectar sin miedo el porvenir, una nueva moral, vislumbrada en la lejanía, y que en cada paso de acercamiento parece que va a desmoronarse y a caer pulverizada. No puede haber vueltas al pasado. Se han cerrado para siempre los caminos de la nostalgia. El tiempo que vivimos se encuentra electrizado por la vibración del futuro. El aprovechamiento de los materiales del pasado no podrá hacerse como una contrarrevolución, sino utilizando las tensiones que animan el tiempo revolucionario, crítico e inestable de la actualidad.

Mientras tanto, el nihilismo actúa y se muestra tanto en los sistemas de acción como en los sistemas de reacción, en los hombres anclados en el pasado como en aquéllos que se han embarcado en la nave sin rumbo fijo del porvenir. También en la intimidad del hombre. En el ayer y en el mañana. En las distintas y numerosas esferas que enmarcan o traspasan la vida. En el empuje a los instintos que renacen. En la manipulación de las características utópicas de nuestro tiempo.

La grandeza y la miseria del nihilismo actual, quiero decir del nihilismo que de algún modo vivifica la dinámica social, al no poder desprenderse de sus motivaciones utópicas, estriba en encontrarse siempre a merced de la fuerza. Suponiendo que triunfase en algún lugar del mundo, sería derribado a renglón seguido por un golpe de fuerza. Y el sistema o el país caerían en la opresión dictatorial.

La dictadura es la forma política que siempre ha sucedido a las utopías. Probablemente es lo que puede suceder. Sin caer en la profecía, hay fundamentados síntomas que permiten la suposición. Así ha sido en varias ocasiones históricas.

Sin embargo, nuestro tiempo, recogiendo lo que de positivo se encuentre en las convulsiones nihilistas, tiene que correr el riesgo. No puede evitar ese riesgo porque no puede evitar las vibraciones imantadoras de la utopía. Muchas veces es necesario romper con el pasado. De la quiebra pueden surgir cordenadas viables para seguir apuntalando el futuro de la condición humana. Por lo menos, siempre se producirán adaptaciones y depuraciones necesarias.

Junto al nihilismo que socava y altera las estructuras sociales con la única finalidad de destruir, existe otro de muy noble cuño, crítico y evolutivo, que siempre ha mantenido encendida la antorcha del hombre y ha propugnado espléndidas ocasiones para la evolución de las ideas. Nihilistas que han caído una y mil veces y, no obstante, han seguido adelante. Su lucha es patética y trágica. La crisis permanente del hombre y la sociedad se les ha clavado en el corazón y la han devuelto dialécticamente a sus mismos puntos de partida. No sin haber aguzado antes las armas que habrían de cauterizar las heridas y los disimulados traumas sociales. Desde una alta utopía luchan contra las injusticias del mundo. En realidad, mantienen hoy los mismos presupuestos de inquietud y crítica que le han venido definiendo a lo largo de toda la historia de Occidente. Naturalmente, adaptados a las nuevas circunstancias, pero con los viejos caracteres de tensión, alerta y denuncia. Cumple hoy una función absolutamente necesaria. Es un grito humano en un mundo que empieza a ser sordo y mudo cuando le hablan del hombre y de su intimidad. El nihilismo cae y sigue. Su lucha es patética y trágica. Desde una alta utopía lucha contra las injusticias del mundo para terminar por deshacerse a sí mismo.

Pero el nihilismo, más o menos romántico, más o menos subversivo, o más o menos demoleedor, al no poder superar sus propias contradicciones internas, declina siempre sus armas al romperse contra la realidad. Siempre es víctima de los golpes de fuerza que imprimen sus direcciones a la realidad. Y cae, es destruido, para levantarse de nuevo con nuevas características. Renace siempre desde las cenizas. Y va dejando detrás una obra que transforma los cimientos mismos de la sociedad. Una obra grandiosa por los inesperados lances que la animan; una obra trágica en la que alienta la sangre de los sacrificados y, a veces, de los inocentes. Esta es su grandeza y su miseria. En nuestros días, un grito, una voz, una añoranza por unos paraísos perdidos que será difícil, muy difícil, que lleguen a descender desde las altas cimas ideales en que nos deslumbran.

FERNANDO PONCE

